Los amotinados de Cuenca fueron llevados ante un consejo de guerra. Se trató de intimidar á los jueces con pasquines de amenazas de muerte. » Vais á juzgar, decian, á los amigos de la libertad, cuyo crimen es haber querido salvar la patria de las garras sangrientas de un cobarde opresor. Guardaos de condenarlos, porque vuestras cabezas responden de las suyas. A falta de espada para pelear durante el dia, el puñal os alcanzará en las sombras. Lo juramos. » Los terroristas perdieron el tiempo; el consejo de guerra condenó á muerte á los principales culpables y á los demás á trabajos forzados. Algunos liberales se apiadarón entónces de la suerte de los infelices sicarios. Damas sensibles enviaron al presidente una carta empapada en lágrimas para implorar su perdon; pero recibieron esta respuesta indignada : « De la suerte del gobernador es de la que debian compadecerse los habitantes de Cuenca. Quien se hace el sordo al grito de las víctimas, pierde el derecho de invocar la clemencia en favor de los asesinos. »

Despues de diez años de combates, el presidente quedó dueño del campo. Batida tres veces en los últimos nueve meses en Guayaquil, en Quito y en Cuenca, la revolucion comprendió al fin, que el pueblo se unia al gobierno para despedir á los anarquistas. Los jefes tomaron la ruta del Perú ó de Nueva Granada, esperando dias mas favorables á los trabajos masónicos. Se estableció en el país la calma mas completa, que permitió á Garcia Moreno consagrarse enteramente á su obra de civilizacion.

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO IV.

EL CLERO, EL EJÉRCITO Y LA MAGISTRATURA.

(1869-1875).

Para trabajar eficazmente en la regeneracion de un pueblo, el hombre de Estado debe reclutar triple ejército de colaboradores : sacerdotes celosos, soldados fieles y magistrados íntegros. El sacerdote enseña la verdad, la justicia y la moralidad; el soldado las guarda; el magistrado, en caso de necesidad, las venga. Asi la sociedad se encuentra en posesion de esos bienes fundamentales que engendran y amparan los bienes de segundo órden. La revolucion, verdadera encarnacion del mal, aborrece instintivamente á dichos tres agentes de la civilizacion : al sacerdote lo mata de hambre, lo destierra ó lo asesina; al soldado lo convierte en bandido asalariado; al magistrado, en verdugo. Garcia Moreno debia de saber algo de esto, porque la desmoralizacion de los grandes cuerpos del Estado durante su primera presidencia, habia esterilizado en parte sus esfuerzos en favor del bien. Al volver á la presidencia, resolvió aprovecharse de su propio prestigio, y de la autoridad que le aseguraba la constitucion.

para elevar al hombre público, sacerdote, soldado ó magistrado, á la altura de sus cargos sublimes.

La reforma del clero, principal empeño suyo desde 1862 á 1865, habia languidecido durante los cuatro últimos años, á consecuencia de la abolicion de los tribunales eclesiásticos, de la mala voluntad de las autoridades civiles, y quizá, por la excesiva condescendencia del delegado apóstolico, demasiado conciliador para luchar ventajosamente contra voluntades obstinadas hasta la rebeldia. Era preciso volver á emprender á toda costa esta obra de regeneracion, tan graveménte comprometida. Garcia Moreno expusó las dificultades al Padre Santo, que le dió gracias por su celo y le envió un nuevo delegado, encargado de concertar con el gobierno y el episcopado las medidas necesarias « para llegar, decia Pio IX, al objeto que Nos deseamos de todo corazon y que os proponeis con tan loable empeño. » En esta ocasion, los enemigos de Garcia Moreno insinuaron que el delegado habia sido despedido vergonzosa y groseramente; calumnia rídicula, que Monseñor Tavani tuvó cuidado de desmentir por si mismo, dando gracias al presidente en su audiencia de despedida, por la deferencia y religioso respeto de que se habia visto rodeado, durante sus siete años de permanencia en el Ecuador.

A impulsos del Presidente, que los favorecia con todo su poder, diferentes concilios provinciales hicieron florecer de nuevo la disciplina eclesiástica. Con sabios reglamentos, pudieron aplicarse los clérigos al estudio de las ciencias sagradas y predicacion de la santa verdad, no solo en las parroquias mas importantes, sino en las aldeas mas pobres y abandonadas. Puestos en vigor los tribunales eclesiásticos, según las disposiciones concordadas, el

BIBLIOTECA CENTRAL

tercer Concilio de Quito en 1873, se ocupó en restablecer el código de procedimientos y asegurar la moralidad por el severo castigo de los delincuentes. Nadie osaba revelarse contra la autoridad legítima de los provisores; porque al lado del obispo desarmado, se hallaba siempre el obispo de lo exterior, decidido á prestarle auxilio. La reforma hizó asi rápidos progresos, no sin excitar oposiciones violentas y recriminaciones á veces escandalosas.

Un religioso de grande elocuencia, pero de mediano juicio, predicando un dia en Latacunga, se propasó hasta formular ante sus numerosos oyentes una verdadera requisitoria contra el presidente : la plática terminó por un llamamiento muy poco disimulado á la insurreccion. Ante la emocion de la muchedumbre, el orador comprendió tan claramente su falta, que al dia inmediato fué expontaneamente á escusarse de ella al gobernador de la ciudad. Pero insulto semejante no podia quedar impune : tres dias despues, el gobernador recibió del presidente la órden de arrestar al fogoso tribuno y de proceder contra él con arreglo á las leyes canónicas. Aunque los liberales metieron mucho ruido con el arresto, el religioso culpable, tratado por sus jueces con las mayores consideraciones, é indultado luego por Garcia Moreno, confesó expontáneamente que la falta habia sido mayor que la pena. Arrepentido de sus errores y prevenciones, no cesó de predicar la reforma, y de ensalzar al presidente, que no contento con emprenderla, tenia el brazo bastante fuerte para conducirla á buen término.

Esta transformacion del clero, junta con la llegada de religiosos extrangeros, que Garcia Moreno hizó preceder á sus obras de moralizacion y de instruccion, excitaron las iras de los liberales del Ecuador

y de Nueva Granada. En sus periódicos y en sus clubs, manifestaban que la Iglesia era sierva del presidente teócrata; que los Obispos, los curas y hasta los sacristanes se habian convertido en dóciles instrumentos de su política. Aquellos mantenedores del patronato, se indignaban de ver « que la Iglesia ecuatoriana estaba esclavizada y el sacerdocio envilecido, y que no se podia predicar la verdad evangélica, ni ejercer con independencia el ministerio apostólico, sin exponerse á los ultrages del supremo gobierno[1]. » El Arzobispo de Quito se creyó obligado á responder á tan injuriosas declamaciones, que lastimaban á un mismo tiempo al gobierno y al clero : « La Iglesia es libre, dijó, cuando sus gobernantes pueden ejercer sin contradiccion, el poder que reciben de Jesucristo, y cuando no se desconocen, ni pisotean por la potestad civil los derechos que goza por su misma naturaleza. Y ambas condiciones se hallan reunidas aqui, respecto de la Iglesia ecuatoriana.

« Quien esté al cabo de la llamada disciplina en el Ecuador antes del concordato, no podrá desconocer la verdad de lo que acabo de decir. Los obispos..... no podian juzgar libremente ni ejecutar... con la amplitud debida, los sagrados cánones, ni dar una constitucion sinodal, ni reunirse en Concilio, sin la aquiescencia ó intervencion del poder civil. Esto si que era una verdadera esclavitud..... Mas ahora, los Obispos gozan de todo el poder que tienen por derecho divino para juzgar de los delitos, cuyo conocimiento les corresponda, para ejecutar las disposiciones canónicas, y para legislar sobre todas las materias de su competencia. Esto no puede tener

[1] *La Juventud católica*, nº 25.

BIBLIOTECA CENTRAL

otro nombre que el de libertad, y al que la lleve á cabo, venciendo dificultades, no se le puede dar sin injusticia el titulo de opresor »[1].

El Arzobispo comunicó esta apologia al presidente, que le dió gracias por ella, añadiendo, sin embargo, que la libertad de la Iglesia en el Ecuador constituia un hecho asaz notorio, para permitir á todos despreciar los indignos folletos que los francmasones de Colombia no cesaban de dar á luz. — « En cuanto á mí, añadia, hago tanto caso de ellos, que de los miasmas pestilentes de sus lejanas marismas. »

Los servicios del sacerdote que esparce la buena semilla, y los del soldado que guarda el campo en que está sembrada, sino son iguales, son por lo ménos igualmente necesarios. El uno es el derecho; el otro la fuerza, con la cual el jefe del Estado hace triunfar el derecho. Ya hemos dicho que la milicia del Ecuador, mandada frecuentemente por hombres entregados á la revolucion, se distinguia por su libertinaje, su desprecio absoluto de las instituciones, y sus desenfrenadas violencias. Durante su corto tránsito por el gobierno, Garcia Moreno había intentado ceñirla con las leyes de la moralidad y hacerla contraer hábitos de disciplina; pero cuando el mal se extiende fuera de ciertos límites, es mas fácil transformar que reformar. El presidente emprendió, pues, la reorganizacion radical del ejército.

No abrigando ideas conquistadoras, no sentía la necesidad de rodearse con fuerzas considerables. Algunos miles de soldados le bastaban en tiempo de paz para mantener el órden y vigilar las fronteras. A fin de tener á mano, en caso de guerra, tropas numerosas y suficientemente ejercitadas, creó una

[1] *Mentiras y verdades*, p. 7.

guardia nacional compuesta de todos los hombres aptos para las armas, desde diez y ocho á cuarenta y cinco años. Incorporados por de pronto á la guardia nacional activa, los ciudadanos tomaban parte en ejercicios militares periódicos, para pasar en caso necesario como reserva á los cuadros del ejército. Reducidos mas tarde á simples auxiliares, servían de guarnicion en el caso de movilizarse los batallones activos. Por esta combinacion, el presidente se encontraba armado para la defensiva, economizando en el presupuesto de la guerra recursos considerables, mas necesarios á los agricultores y comerciantes, que ostentósas revistas militares.

El reclutamiento del ejército se verificaba hasta entónces por levas como en país salvaje. Una partida de tropa se derramaba por el país; allanaba violentamente las casas y se llevaba al cuartel á cuantas personas le convenia. Las gentes acomodadas, se rescataban á precio de oro; pero sucedia que otra banda de cazadores de hombres invadia el país á su vez, y obligaba al exonerado á desembolsar nuevamente la suma exigida por su rescate. De este modo, cuando se previa una segunda leva, los jovenes huian á las montañas ó los bosques, no teniendo otro recurso para vivir que hacerse salteadores de caminos. Para poner término á este latrocinio, Garcia Moreno habia obtenido del congreso desde su primera presidencia una ley de quintas, que tenia en cuenta todos los intereses, autorizando el reemplazo. Pero gracias á las intrigas liberales, esta ley quedó como letra muerta. Persuadierón al pueblo que una vez que cayese el precio del reemplazo en las arcas del gobierno, los reclutadores harian su negocio con los mozos, como en los tiempos pasados. La clase rica que se eximía del ser-

BIBLIOTECA CENTRAL

vicio mediante algunos pesos, hizó causa comun con los liberales. De todas partes se levantó un *tolle*, *tolle* contra la ley, y Garcia Moreno, ya comprometido en graves dificultades, no creyó posible llevarla á cabo. Sin embargo, destruyó los abusos del sistema antiguo, encargando el reclutamiento, no á los soldados sino á los depositarios de la autoridad civil. Los exenciones fueron determinadas con precisíon, las ilegalidades severamente reprimidas y las violencias llevadas á los tribunales. Este ejército de un efectivo muy restringido, habia de ser, segun lo queria el presidente, fuerte, disciplinado, moral, instruido, lleno de abnegacion y patriotismo. Para infundir en él las virtudes militares y adiestrarlo en el manejo de las armas, fué su primer cuidado proveerlo de oficiales capaces y adheridos á la causa del órden. Mientras no creaba una escuela militar, fundó la de cadetes, vivero de subtenientes y tenientes en que los jóvenes de las mejores familias se instruian en las matemáticas y en la táctica. Dirigidos por excelentes jefes, salian de alli con sólida instruccion y adornados de todas las cualidades que convierten al soldado en verdadero patricio, y hasta en héroe, cuando llega la hora de la prueba.

El ejército se enriquecia asi cada año con oficiales de respeto, resueltos á convertir la carrera de las armas en la profesíon mas honrosa de todas. El presidente estimuló su celo exterminando una plaga que hacia algun tiempo degradaba al estado militar; es decir, la prodigalídad de los grados. En vez de conferirlos á la antiguedad, como en Prusia; á la antiguedad y al mérito, como en Francia; solo se otorgaban al favor, al miedo, ó mas bien, á la necesidad de buscar cómplices para intentar una aventura cualquiera. No habia incidente, por insignifi-

cante que fuese, que no diera lugar á nuevos ascensos : de aquí gran copia de laureles; pero pocos recogidos en el campo del honor. Todo el mundo se burlaba de esos mendigos sin vergüenza, remendados de títulos y condecoraciones, debidos únicamente á bajezas cortesanas, como no fuese á vituperables atentados. Garcia Moreno puso término á semejantes escándalos que ahogaban en su gérmen la emulacion y el honor. Las distinciones habian de ser en adelante recompensa del verdadero mérito y de los servicios hechos á la patria. Todo acto de parcialidad era de tal manera repugnante al presidente, que bastaba solicitar un favor para no conseguirlo.

Perfectamente enterado de los progresos modernos, no queria escatimar los gastos de mayor cuantia para sustituir al antiguo armamento las armas de precision adoptadas en toda Europa. Envió además oficiales experimentados á observar las maniobras de los ejércitos extrangeros, y principalmente en Prusia, á fin de estudiar las modificaciones de la táctica que el uso de las armas perfeccionadas ha hecho necesarias. De este modo en un campo de maniobras, sus tropas, equipadas á la francesa, perfectamente armadas y ejercitadas, en punto á su aspecto militar, al órden y precision de movimientos, no cedian en nada á las mejores milicias europeas.

Diremos mas : bajo otro aspecto, eran superiores. Hoy parece admitido en Francia que un cuartel debe transformarse necesariamente en cloaca de impiedad é immoralidad : ¿como explicar de otro modo que á jóvenes de veinte años, separados de su familia, condenados al celibato, se les quite el freno de la religion, dejándolos sin capellanes y sin ejercicios

BIBLIOTECA CENTRAL

de piedad? Garcia Moreno no se creia con derecho de arrancar al padre y á la madre el hijo educado en las prácticas de religion y de virtud, para convertirlo en una especie de monstruo, sin Dios y sin pudor. Hizó que el Papa crease un clero castrense en toda regla : los capellanes, agregados por el Arzobispo á las diferentes secciones del ejército, tenian la obligacion, no solo de celebrar todos los dias festivos una misa á que asistian oficiales y soldados, sino de dar á estos la instruccion religiosa y prepararlos á recibir los sacramentos. Además de los ejercicios piadosos de cada semana, todos los años se predicaba un retiro espiritual á estos militares cristianos que tenian el gusto y el deber de aprovecharse de ellos. El primero de estos retiros produjó en aquellos jóvenes, poco acostumbrados á reflexionar, efectos tan extraordinarios, que la mayor parte se convirtió, y adquirió con grande edificacion del público, hábitos de piedad y de vida regular. En sus horas libres, en vez de entregarse á la ociosidad y el libertinage, frecuentaban las escuelas que sus celosos capellanes ó sus adjuntos abrían en beneficio suyo. Alli aprendian á leer, escribir y contar, ó se perfeccionaban en el estudio del catecismo y de las ciencias profanas. Saneado asi el cuartel, llegó á ser foco de regeneracion, en vez de ser, como en casi todo el mundo, sentina de corrupcion.

Un ladron, famoso en todo el país expiaba en presidio sus numerosos crímenes; y Garcia Moreno le dió á entender que si se convertia y contraia hábitos de trabajo y buenas costumbres, le rebajaria la pena que estaba sufriendo. Dócil á sus exhortaciones, el presidiario llevaba largo tiempo de vida irreprensible, mereciendo, al fin, ser indultado. Al salir de la

prision, se le condujó ante Garcia Moreno, el cual le dijó : « si quedas en libertad, vas á volver á tu antiguo oficio, para caer presto en manos de la justicia, obligándonos á quitarte la vida. Como quiero evitarte esta desgracia y convertirte en hombre de bien, te destino á la milicía. Sé buen soldado, y poco á poco irás ascendiendo. » El reo sirvió con toda lealtad en el ejército, y por su capacidad y buena conducta, llego á teniente capitan.

En estos cuerpos de soldados cristianos, la moralidad se llevó hasta la delicadeza mas exquisita. Andaba de ronda una noche cierto teniente de infanteria, que se encontró en la calle un enorme paquete de billetes de banco; al dia siguiente lo pusó en manos de Garcia Moreno. Hizó este buscar á su dueño que era un comerciante extrangero, el cual en el primer arranque de su júbilo y gratitud ofreció al honrado militar cien pesos de gratificacion. Con gran sorpresa suya, el oficial rehusó el regalo, á pesar de las instancias del comerciante y del mismo Garcia Moreno. « No teneis ninguna razon, le dijó este, para rehusar este agasajo, que se os quiere hacer voluntariamente y como reconocimiento de un acto de honor y de lealtad. — Señor presidente, repusó el oficial, precisamente mi honor es el que me prohibe aceptarlo : he hecho lo que debia y no merezco recompensa alguna. — Perfectamente, contestó el presidente enternecido, en presencia de tan generoso corazon; pero yo tengo también el derecho de daros algo que no me podreis rehusar ». Y aquel mismo dia le entregó el despacho de capitan.

Con semejante educacion y disciplina, oficiales y soldados miraban á Garcia Moreno como á padre. Temian su severidad, es cierto, porque las menores faltas contra las ordenanzas, eran castigadas sin

BIBLIOTECA CENTRAL

misericordia; pero lo querian, porque lo veian absolutamente consagrado á su bienestar y sus intereses. Prodigábales, en efecto, su solicitud como si fuesen sus propios hijos; no descansaba por atender á sus necesidades; proveia por medio de pensiones á los heridos ó enfermos, y sobre todo, no podia sufrir el menor retraso en las pagas. Habiendo notado un dia que bajo las ventanas de su despacho, se paseaba un viejo inválido horas y mas horas, le preguntó que á quien esperaba. — « Espero á Su Excelencia, contestó, para pedirle que se me dé la paga. Hace un mes que no he recibido un cuarto, y me estoy muriendo de hambre ». — El presidente interpeló al tesorero, el cual le aseguró que estaba al corriente. Dirigiéndose entónces al viejo militar, le dijó de mal humor : — « Me habeis engañado, y mereceis que os haga dar de palos. » — El inválido repusó con serenidad : — « Si el tesorero dice la verdad, sus libros darán testimonio de ella. » — Sorprendido con esta observacion, el presidente hizó que le llevasen al punto los libros de contabilidad, en los cuales aparecia, en efecto, que el negligente tesorero, y no el soldado, era quien habia querido salir del paso con una mentira. Señalando entónces al culpable la columna de las entradas : « — Escriba V., le dijó : recibido del tesorero de la nacion cincuenta pesos, como multa impuesta por el presidente de la república en castigo de una odiosa mentira. « El tesorero pagó la multa, muy contento de haber salido tan bien librado, y el viejo inválido se felicitó de tener un gefe tan compasivo de las necesidades de los pobres abandonados, y tan equitativo para hacerles justicia.

Otro cargo en que la compasion se unió asimismo á la justicia, hizó comprender al ejército que jamás